

RECUPERAR LA CIUDAD PERDIDA

“Ciudad-jardín”, ¿ironía o alucinación?

Sólo a un satírico o a un visionario se le pudo ocurrir ponerle a Lima el epíteto de “ciudad-jardín”, pues no hace falta ser un zahorí para darse cuenta que a nuestra capital le hacen falta árboles y flores, es decir, aquello que justificaría, de existir profusamente, el literato apelativo. Ya los técnicos han hecho público el drama de la carencia de zonas verdes con datos de la implacable estadística: para una población de más de un millón de habitantes sólo se cuenta con un poco más de tres metros cuadrados de área libre por persona, y de esos tres metros escasos sólo la mitad se dedica a la recreación. Mida cada lector en torno de sí el espacio florido que le toca y diga entonces si aquello de la “ciudad-jardín” no pasa de ser una solemne tontería. (Un dato interesante: las normas aprobadas por la *National Playing Fields Association*, de Londres, la máxima autoridad en cuanto a parques y jardines públicos se refiere, señala que como norma general es preciso que toda urbe moderna tenga un mínimo de veinticinco metros cuadrados de verdor por individuo.)

El drama no queda ahí. Ayer hemos leído las declaraciones del conocido floricultor Francisco Ruiz Alarco sobre la lenta y al parecer inevitable desaparición de algunas especies de árboles que servían de adorno en calles y plazas limeñas, no por causa de ninguna peste maligna, sino simplemente por la guerra que sus enemigos les han declarado. Cayeron ya las palmeras de las plazas de Armas, Bolognesi e Italia, y caerán más aún si la pasión arboricida no se detiene, y Ruiz Alarco levanta a propósito su voz de protesta y advertencia. Las plantas públicas son cortadas sin piedad porque, sedientas como están, buscan desesperadamente su alimento líquido y rompen las veredas, o son podadas a destiempo, de una manera torpe, porque sus ramas se elevan tras la luz, lo que equivale a matarlas. En la avenida Santo Toribio, por ejemplo, los árboles han

sido devastados en el momento en que brotaban las yemas, segando en ellas así la vida renovada. En cuanto a los que se lucen en la avenida Wilson, la condena es peor: han sido constreñidos a un tan despiadado aislamiento que apenas reciben la nutrición que requieren. Todo esto sin contar que muchas veces hacen, aquí y allá, las veces de postes, pues soportan los clavos que sostienen letreros, leyendas de tránsito, avisos comerciales, cables eléctricos y telefónicos.

¿"Ciudad-jardín"? Apenas sirven los espacios de las casas particulares, a veces egoístamente cercados con grandes y espesos muros, para justificar el curioso mote, porque en lo que se refiere a las áreas verdes públicas estamos entre las pocas ciudades del mundo que en lugar de cuidarlas y aumentarlas se las ataca y disminuye. La Oficina Nacional de Planeamiento y Urbanismo ha publicado un plano de Lima en que figuran teñidos de negro los núcleos libres, para esparcimiento, con que podemos contar los limeños que no tenemos jardín en casa. Aparte de dos más o menos grandes —el Parque de la Reserva y el Olivar de San Isidro, cada día menos proporcionado con respecto al tamaño urbano— el resto de esas manchas son insignificantes. Hay un agravante: los que existen no obedecen a ningún plan técnico, son fruto del azar, y por ende no llenan su función estrictamente. A ellos tenemos que acudir para reclamar nuestro metro y medio de césped y flores, nuestro trozo de naturaleza, cuando la fatiga citadina —cemento, polvo, gases tóxicos— nos abrumba. ¿Qué pasaría —cabe preguntarse— si mañana cada ciudadano acudiera a los parques a pedir su pedacito de jardín? El resultado es digno de una novela de Kafka, inenarrable.

Hay que reclamar enérgicamente una política municipal más concreta con relación a los parques y plazas. Hay que unir la voz a la del floricultor Ruiz Alarco, uno de los pocos ciudadanos que en cada ocasión en que los arboricidas se desmandan protesta públicamente. Todo esto aunque sea para que lo de la "ciudad-jardín" no parezca una amarga ironía, algo que alguien echó a correr con el fin de caricaturizar, o en caso contrario la alucinación de quienes no ven de la realidad sino el nombre que mentidamente la oculta. La actual autoridad municipal tiene conciencia de sus deberes y ha de poner atención en este problema sobre el cual, desde hace tantos años, se viene infructuosamente hablando.

Publicado en *La prensa*, 30 de octubre de 1957, p. 10.

El Perú contra el turismo

Parece que todo estuviera organizado en el Perú para crear en el turista la sensación de que su presencia entre nosotros es intolerable. Desde la gestión por la visa consular —a la cual también nos tenemos que someter, vergonzosamente, los propios peruanos que deseamos, hallándonos en el exterior, volver a nuestra patria— Hasta la entrada en los lugares de importancia natural, histórica o artística, proclaman que esa valiosa fuente de recursos que es el turismo se halla sellada por la más reprochable falta de visión. Viajar dentro del Perú es sufrir y nadie, por más excéntrico que sea, abandona su casa para ser víctima de maltratos y desconsideraciones. No obstante tal situación, aún vienen cientos de forasteros a admirar nuestros paisajes, nuestros monumentos, nuestras riquezas pretéritas y presentes. Pero lo que podría ser una industria próspera, un inagotable manantial de divisas, constituye hoy, por suerte de las penosas condiciones en que se le mantiene, una actividad ciertamente anémica.

No hay programa

Una sola razón explica la pobreza del turismo en el Perú: la falta de un programa estatal al respecto que dé organización y aprovechable sentido a la afluencia internacional de visitantes. Inclusive, el turismo interior se ve gravemente afectado por la carencia de medios que lo faciliten. La mayoría de países europeos y gran parte de los de nuestro continente —Méjico es un ejemplo bien cercano y patente— han dispuesto las cosas de tal manera que, no sólo se trata de abrir las puertas hospitalariamente a quien llama a ellas, sino principalmente de despertar el interés del posible turista en el lugar donde él reside y actúa. Oficinas especiales irradian propaganda bien hecha con el objeto de invitar al

hombre de la calle a salir de su rutina y ver un mundo maravilloso aun cuando las maravillas que se prometen no sean tantas ni tan grandes como se dice. Toda la técnica de la publicidad moderna se pone al servicio de una causa que, siendo nacional, no deja de ser comercial. Se invierte en el extranjero un capital que va a dar copiosas utilidades cuando, tentado por los bellos ofrecimientos, el negociante, el rentista, el ahorrador, etc., compren un pasaje con rumbo al país que, con tanta habilidad, supo invitarlo.

En la Argentina, por ejemplo, esa situación del turismo alcanza un carácter interior excepcional. En la capital, las provincias más importantes mantienen despachos situados en los sectores céntricos, en los cuales se brinda toda clase de facilidades para viajar, alojarse, descansar y gozar de los atractivos naturales de cada región. El propósito que inspira esta política es tan vasto que dichas oficinas ofrecen terrenos en venta y anuncian regalías especiales para todos aquellos que en la provincia construyan sus casas de veraneo. La eficacia del sistema es enorme. La prueba está en que muy pocos habitantes de Buenos Aires permanecen en la ciudad durante sus vacaciones y que es muy raro encontrar un argentino que no haya vivido, durante algunas semanas por lo menos, en Córdoba, Tucumán y Bariloche. ¿Cuántos limeños pueden decir lo mismo de Arequipa, Cuzco o Iquitos? Para un peruano, viajar por el interior de su país es someterse voluntariamente a una serie de pruebas riesgosas cuando no infamantes. Y si nos desconocemos, nos despreciamos. De ahí que exista una especie de gente negativa que, a más de ignorar al Perú, lo posponga sistemáticamente en su afecto.

Doble beneficio

Es sencillo suponer qué impresión lleva el turista extranjero que va a Arequipa y se aloja en el hotel de Selva Alegre con el objeto de contemplar el Misti, hermoso espectáculo natural, y se encuentra con que ninguna de las habitaciones del edificio da hacia ese punto. Y no cuesta trabajo imaginar qué concepto tiene del Perú el forastero que acude a admirar Machu Picchu y tiene previamente que realizar el viaje hacia la zona donde se hallan las ruinas en uno de los incómodos autovagones que hacen la ruta y ascender hacia la cumbre en aquellas camionetas que parece que van a ceder inesperadamente al peso de su carga e ir a dar con ella al fondo del abismo. Poco esfuerzo de fantasía, en fin, es necesario para suponer el efecto que hace al extranjero el escandaloso hecho que

ninguna ventana del hotel de Puno se proyecte hacia el lago Titicaca, principal señuelo de la visita a dicha ciudad.

No añadamos a esta relación la mala atención, los transportes incómodos, las molestias burocráticas, el cúmulo de obstáculos que se imponen entre el huésped y su destino. Digamos, más bien, que se impone la creación de un organismo que se dedique a trazar un plan encaminado a atraer hacia el Perú las grandes masas de turistas que anualmente salen de los Estados Unidos y otros países ricos a los puntos de mayor atracción: España, Cuba, Méjico, Italia, Francia, tienen establecidas entidades que cumplen esa finalidad y no sería gran tarea imitar los programas que esos países poseen y aplicarlos a nuestra patria. Una vez más, solicitemos mayor interés del estado por un campo que está por explotar y del cual, a no dudarlo, puede esperarse un doble beneficio: el material, constituido por la renta que representará, y el moral, determinado por el prestigio que procurará al país en todo el mundo.

La ciudad que semeja al país

El asfixiante centralismo en que ha vivido el Perú, durante casi toda su historia, ha consolidado en la conciencia selecta del país provinciano, una idea de reprobación y rechazo hacia Lima, la absorbente capital, y ha fecundado, también, un correlativo resentimiento que, por estar justificado, a nadie puede considerar arbitrario. Mientras Lima ha crecido y progresado, a costa sin duda de las energías robadas al trabajo y la producción del resto de la patria, la República entera se ha sumido en el ahogo que hoy, quizá mas que nunca, la abrume. Ha sido una entrega total o un vasallaje, cuyo efecto negativo no es tanto la anémica condición de la economía provinciana, cuanto la opulencia parcial de esta cabeza nacional, en la cual, al modo de un reducido centralismo urbano, de la periferia hacia adentro, se distinguen los mismos escalones que muestra toda la nación, los que van de la miseria sórdida e inhumana al lujo desenfrenado y banal.

Y si en la mente sencilla del pueblo provinciano la imagen de Lima se ofrece con los caracteres del mito paradisiaco, al que hay que acudir para encontrar la dicha, en el pensamiento de las personas ilustradas nuestra ciudad constituye el vientre tumefacto y siempre insatisfecho que se nutre con la sangre de quienes de él dependen. Así se ha creado la leyenda negra de Lima, que proclama que nuestra ciudad no es el Perú o, peor aún, que es el anti-Perú. Sin embargo, tales definiciones sólo pueden explicarse como frutos del acerbo sentimiento que ha cuajado en el corazón de los nacidos allí donde la prosperidad capitalina ha significado, a contrapelo, desmedro y pobreza, opacidad y dolor, rutina y destrucción. Porque en el fondo, bien mirada la cuestión, Lima no sólo es sección principal del Perú sino que representa su síntesis, especialmente en lo que se refiere a la estructura social. Como todas las capitales del

mundo, Lima es la ciudad de los provincianos, el lugar donde se reúnen, como en una abigarrada y hormigueante ágora, gentes venidas de todos los confines del amplio territorio peruano. Si no, que se interroge a las masas que ocupan sus calles, a la hora de la tarea o en la fiesta, por su origen: se verá que aquí está el crisol de lo que el país, en su vórtice actual, promete para mañana.

Y el provinciano, al mismo tiempo, así como recibe el impacto de la metrópoli, así como cambia sus maneras y sus características, adopta, en cambio, otras cosmopolitas o ciudadinas, entrega, por medio de una tácita permuta, ciertos elementos propios y los incorpora a la personalidad de la urbe, la cual en seguida los adquiere y particulariza. En su última visita a nuestra capital, el famoso antropólogo francés Paúl Rivet afirmaba que veía con agrado y satisfacción que Lima se estuviera convirtiendo en una población india. Y esto es cierto. La provincia ha traído aquí ésta peruanísima contribución racial y ella se ha tornado limeña.

Un recorrido por la capital nos proporciona, además, el testimonio patente de la situación de todo el Perú. Desde los barrios y urbanizaciones clandestinas —en cuyos recovecos y callejuelas es posible distinguir el remedo de la aldea andina, que el habitante naturalmente, al construir su improvisada vivienda, ha evocado— hasta el centro, y de aquí a las zonas residenciales —la Lima quizá propiamente dicha, por lo florida, por lo pacífica, por lo conventual que se nos aparece— el itinerario nos muestra la gama peruana: allá, en los cerros, el hombre del Ande, la provincia campesina que ha emigrado en busca de un premio que no halló; luego, en los barrios que ayer fueran el núcleo de la villa y que hoy, venidos a menos, subsisten como refugio de los menesterosos, las razas costeñas —mestizos, mulatos y negros—; más acá, en las urbanizaciones modestas de la clase media, el compacto conjunto de la empleocracia aspirante, en la que no hay distingos de procedencia y en la cual se juntan y entremezclan, sin discriminaciones, las familias, sean chiclayanas, cuzqueñas o loretanas. El centro no es tampoco el predio de los limeños: es el meollo de esta móvil y efervescente cita nacional. Tal vez, como dijimos arriba, sean los sectores residenciales los que constituyen la parte genuina de la ciudad, el bastión representativo del centralismo que devora los productos del esfuerzo de los ciudadanos del Norte, el Centro, el Sur y el Oriente patrios.

En recientes artículos, el autor de estas líneas comentó el expediente urbano de nuestra capital, las cuestiones que su magnitud plantea a los especialistas en los problemas metropolitanos. Dicha causa urbanística,

en pleno proceso, demuestra que Lima lleva un ritmo de crecimiento sin pausa, a costa, por supuesto, de las demás regiones del país. Se trata de un hecho que no puede condenarse con acusaciones, violentas y acres, sino que merece estudio, meditación y fórmulas prácticas de solución. Ante todo, la descentralización, pero la descentralización científica, y luego la devolución a la provincia de todo aquello que le pertenece material y espiritualmente. Así se retornará a la legítima comunidad, esa que está levantada sólidamente sobre las bases de la recíproca admiración, sin rencores ni escisiones, tal como destella en el símbolo peruano: firme y feliz por la unión.

Publicado en *La Prensa*, 16 de febrero de 1956, p. 8.

Sociedad, delincuencia, castigo

En la columna de cartas a este diario apareció hace unos días la extensa misiva de un lector acerca del auge de la delincuencia en Lima en la cual exponía sus puntos de vista sobre la manera de reprimirla. Con muy buena intención y explicable alarma, nuestro amigo, que llamaba a los ladrones y asaltantes que proliferan en ciertos barrios de nuestra ciudad nada menos que “abortos de la naturaleza”, parecía entender el grave problema a que aludía con una suerte de azarosa generación espontánea a la cual había que combatir como la enfermedad en el cuerpo humano, mediante la extirpación del órgano virulento y la extirpación de los gérmenes que lo corroen. Proponía así contra “tanto zángano y depravado” (con sus palabras) juicios sumarios, y tal vez meramente policiales, confinamiento en un penal de la selva por veinte años y trabajos forzados. Otra de sus expresiones era que para alejar “el fantasma de los delincuentes” era preciso el establecimiento de guardias perennes o serenazgos en todas las esquinas.

Si se tomaran las medidas que este amigo lector sugiere estoy seguro que la delincuencia no disminuiría, y ello por una sola y simple razón: en el cuerpo social los males deben ser remediados merced a un sistema distinto de la mutilación, pues el foco de la infección no está aquí o allá, no radica en ciertos individuos o grupos humanos, no se expresa por predisposición o instinto congénito a la naturaleza. Si los delincuentes son abortos —para usar la fórmula del lector—, lo son de la sociedad misma. Nadie nace estigmatizado por la criminalidad, nadie tiene un destino moral preestablecido. Los franceses dicen que “el mal corre”, es decir, que se contamina y propaga, y lo dicen pensando que no es posible combatir la violencia con la violencia, puesto que la que se usa como supuesto correctivo actúa a su turno como estímulo. Este es, de otra par-

te, el mejor argumento de los abolicionistas de la pena de muerte, que no son pocos ni insignificantes en el mundo. Si se incrementa la delincuencia en nuestro medio es porque hay miseria, no hay trabajo y la educación es poco menos que exclusiva de una parte de la población. El delincuente, como quería Concepción Arenal, es digno de compasión. Es una víctima del régimen social que predomina en una comunidad.

Pongámonos en el caso de un desdichado nacido en una de las inmundas, pavorosas barriadas de esta capital. Pensemos en su infancia hambrienta, callejera, tempranamente dedicada al penoso trabajo de lus-trabotas, del cuidador de carros, del vendedor ambulante. Sin educación, sin cultura, ese individuo llegará a hombre carente de todo instrumento para ser útil a sí y a su comunidad. Si antes de la dolencia no ha delinquido —y ello por necesidad—, lo hará en cuanto pueda, porque al lado de su pobreza tendrá la diaria y pertinaz exaltación del lujo, de la mesa desbordante, del placer. Para conseguir primero el pan y luego, en un proceso de corrupción, los elementos de la concupiscencia que tantos vehículos de expresión le ofrecen, robará y hasta matará. La cárcel no lo puede intimidar, porque su juego es un juego de vida o muerte. ¿El Sepa? ¿Los trabajos forzados? ¿La represión drástica? Sólo harán más terrible, más cruel, la organización de nuestra vida social. Por eso disentimos del amigo lector y por eso también propugnamos —propugnamos, sí— una reforma de la sociedad peruana que permita la creación de fuentes de trabajo, de vivienda sana, de escuelas, de bienestar, en una palabra, en donde las inmensas mayorías no reciban la existencia como una pugna horrenda para sobrevivir de cualquier manera y a cualquier precio.

Publicado en *El Comercio*, 17 de enero de 1961, p. 2.

Un santo entre nosotros

He aquí un santo. Hemos escuchado de sus labios, en los que se suceden la dulce sonrisa y el rictus melancólico, palabras que son consignas, advertencias que apuntan, según lo queramos, un futuro alegre o desdichado; ideas en las cuales la certitud esplende sin contestación posible. Su ademán es de amor, pero mueve su corazón también, como en los profetas, el rigor de un mandamiento ineludible. El cronista ha estado cerca de él, como un inmerecido privilegio, para oírlo y transmitir, en sus torpes palabras cotidianas, el líquido mensaje que trae. En nuestra ciudad frívola, que quiso hacerlo objeto sólo de su novelera y contingente hospitalidad, su verbo parabólico se clavará como una flecha de fuego. Ha descubierto la comedia en la que aquí se vive: el lujo y la comodidad de unos cuantos y la carencia casi absoluta de los más. A éstos les ha pedido que no pierdan la esperanza y a aquellos les ha señalado su único y fatal deber de cristianos, de humanos. Esto es, dar. Y no dar la migaja del banquete, sino dar con la plenitud generosa del que comprende que amar es arriesgarse, sacrificarse, sufrir con los que sufren. La espuma de la sociedad peruana debe emplear su influencia, su poder, su riqueza, para obtener el bienestar común, la paz colectiva. Esto ha dicho el abate Pierre.

Nos ha hablado de la obra de Meaux. No se trata, en verdad, de una institución de beneficencia a la manera tradicional, ni un sistema para tranquilizar la conciencia atemorizada de los burgueses. Es una forma de la encarnación en el dolor. Para explicarlo emplea la imagen del árbol. Un árbol es tronco, ramas, hojas, flores y frutos. Todo ello, sin embargo, no viviría si no existiera la raíz. La raíz no tiene pompas, que está dentro de la tierra, en el estiércol y la basura, extrayendo de ellos la savia que infunde belleza a la planta. En la obra de Meaux nada tiene sentido

si no se dan los voluntarios que conviven con los pobres, que comparten su dolor, que se empapan de la miseria, y en ese medio desdichado construyen y redimen al hombre. Los voluntarios constituyen esa raíz oculta y esencial: el resto ha de ser, con la ayuda que preste, la parte visible y externa de la obra. Hay necesidad, pues, de voluntarios que, durante un plazo largo o corto, vayan al fondo mismo de la vida pobre y en ella inicien lo que será poco a poco una movilización general contra la miseria.

El joven que haya estado cumpliendo este servicio, ¿no influirá en su familia en el sentido de compartir sus bienes con los que no lo tienen? En el gobierno, ¿faltará a sus obligaciones morales y políticas con respecto a la comunidad? Mientras los amigos de Meaux cooperan, más que con limosnas, con su actividad y su influencia, en la tarea de recuperación, los voluntarios, en una suerte de compenetración práctica y mística con la pobreza, por medio del trabajo, llevarán a cabo la revolución. Porque se trata de una revolución sin violencia la que proclama el abate Pierre.

La semilla inicial de los primeros voluntarios —que a Lima vendrán de Suecia y de Francia, es una especie de ecumenismo promisor de una total fraternidad futura— crecerá como creció en otros países, y el pequeño grupo de los amigos que lo respaldan y sostienen será también cada vez mayor. Aquéllos harán su servicio vivo y paciente; éstos echarán las bases de los talleres, las fábricas, las cooperativas, etc., en los cuales los ricos que comprendan que es llegada la hora de dar sin interés mucho de lo que les sobra, pondrán sus capitales a disposición de las mayorías. Ha sonado el fin de la monedita en el cepillo, del mendrugo distribuido en la puerta falsa, de la mezquina limosna. En la medida del sacrificio se descubrirá el amor que recobra su reino entre los hombres.

Un santo ha estado entre nosotros. No es un santo contemplativo, sumido en su visión iluminada. Es un santo de voz ardiente, que marcha sobre la tierra urgido por un quehacer que sobrepuja sus fuerzas y que no tiene contemplaciones para con los culpables del estado de cosas actual. Si el dinero no está precedido por lo humano —ha dicho— es una cosa abominable. ¿Cuántos peruanos han hecho de esa cosa abominable su única devoción? Meditémoslo y hagámonos soldados de la lucha que el visionario francés ha emprendido.

Publicado en *El Comercio*, 16 de agosto de 1959, p. 2.

Hoy 400 mil, mañana un millón

El fenómeno de las “barriadas” no es exclusivo de Lima y esta verdad es el consuelo de muchos tontos que justifican los males sociales por su abundancia en el mundo. El hecho de que en torno a una serie de grandes ciudades se haya creado semejante cinturón de miseria constituye prueba irrefutable de que semejantes defectos de organización las aparejan y las hacen víctimas de semejantes problemas. El Fondo Nacional de Salud y Bienestar ha dado a conocer los resultados de un censo sobre el particular y ha revelado que 400 mil personas habitan esas urbanizaciones clandestinas. La tercera parte, pues, de la capital se hacina en chozas (muy pocas barriadas exhiben construcciones de material noble) y existe en las precarias condiciones que son propias de una agrupación humana que comienza como provisional y termina siendo definitiva. En esto sí nuestra ciudad no puede apelar a ninguna identidad con otros centros urbanos del mundo. Su índice de crecimiento de diez años a esta parte muestra un ritmo acelerado que, de tener autoridades atentas, debería haberse interpretado como manifestación de una crisis digna de correctivos profundos y altamente eficaces. No es de esa índole, por cierto, la ley promulgada recientemente, que si bien procura a esas concentraciones algunas ventajas, favorables a su mejoramiento interno, no afecta a la causa fundamental que las determina.

En verdad, como lo advirtiera el abate Pierre, no son ni leyes del orden de aquélla ni un plan de construcciones que reemplace el tugurio por la habitación medianamente higiénica y holgada los remedios de esta neoplasia urbana. El éxodo provinciano, especialmente campesino, a la ciudad no se produce por un mero capricho de los emigrantes. La falta de trabajo, los salarios miserables, la vida chata y sin posibilidades para el futuro, etc., que en países macrocéfalos hacen del poblado excén-

trico un desierto, empujan a las gentes a buscar esas “luces de la ciudad” que, a la postre, también las defraudan. Nadie, sin embargo, emprende el retorno. Una excelente película de Visconti nos ofrece en estos días el caso de una madre y sus hijos a quienes Milán dispara hacia la tragedia. La provincia es centrípeta, reúne el hogar en torno a la tradición pacífica que le es característica. La gran ciudad, en cambio, es centrífuga: descoyunta la unidad hogareña y lanza a sus integrantes por diversos caminos, algunos terribles. Mientras no se eleve el nivel de vida provinciano, sobre todo el de la clase trabajadora, seguirán viniendo a Lima esas víctimas del espejismo urbano, con desmedro no sólo del lugar natal de cada uno sino, lo que es tan grave como aquello, con el descaecimiento de la capital abrumada de parias desocupados y descontentos. El sedante que el gobierno ha decidido aplicar —la Ley de Barriadas— será un señuelo más para multiplicar la migración y, por ende, para complicar el problema.

Una vez más habrá que referirse, con disgusto de los liberales que nos abruman desde el poder, a la necesidad de un cambio de estructuras en la organización socioeconómica del país. En tanto no se transforme el fundamento de nuestra economía meramente exportadora e importadora, es decir, en tanto no se industrialice el país, se eleve la capacidad de consumo de las masas, se planifique el desarrollo nacional cabalmente, no se acabará con este problema de las barriadas, en las que se alojan hoy las 400 mil personas y en las cuales vivirán, tensas como la energía inestable de un explosivo, un millón mañana. El que no entiende esto es un incapaz y carece de lo intelectualmente esencial para dirigir la marcha del país.

Publicado en *El Comercio*, 15 de junio de 1961, p. 2.

Un sacrificio humano en la prensa

La prensa local ha abierto el vasto abanico de sus columnas —tan celosas para la información que importe algo edificante para la sociedad— al crimen de moda, que se ventila actualmente en los tribunales. Los hechos del suceso, a los que se imbrican múltiples intimidades de los personajes, precisamente de aquellas que atañen más bien al interés, de la terapia psíquica, no son el objeto de esta nota, sino la desaforada publicidad que ellos han merecido. Los mismos órganos de expresión que suelen moralizar en editoriales de fondo, que suelen mostrarse partidarios de la censura cinematográfica, que levantan su voz de alarma ante la crisis juvenil, no han vacilado en imprimir, subrayándolas, las confesiones sobre prácticas y relaciones sexuales de los actores del drama. Este doble rasero, esta gravísima contradicción, es consciente y, en consecuencia, compromete la responsabilidad de los editores. En último término, el sacrificio humano que diariamente se consume en la información y el comentario es ofrecido a un pequeño dios del periodismo contemporáneo: la circulación.

Peor que el crimen

Es cierto lo que sostienen los devotos de esta deidad: los lectores reclaman la minuciosa y si es posible ornamentada transcripción de los episodios del juicio, especialmente los que revelan, si lo hay, un fondo morboso. La demanda no es siempre de la misma índole: proviene unas veces de los curiosos, otras de los que anhelan excitaciones inhabituales, bastantes de los que confirman sus propias inclinaciones. Pero que la prensa esté dispuesta a abastecer el producto anómalo por ganar la competencia —competencia en la cual, en un momento dado, se pierde toda

noción de las limitaciones— depende en esencia de que la noticia se ha convertido en una mercadería, más solicitada cuanto más insólita, cuanto más extraña o brutal es. Ninguna persona, por más elemental que sea su cultura, ignora que instintos y pasiones humanas suelen ser, con más frecuencia de lo que se supone, deformes, pero que en tales casos no es la exhibición escandalosa lo que los corrige sino el tratamiento sereno, reservado y sistemático de la ciencia. Un crimen que la justicia estudia para dictar su sanción de acuerdo a las leyes, no puede juzgarse a puerta cerrada, es verdad, pero si en los pliegues psicológicos y morales de quienes lo cometieron y en los hechos que precedieron a los actos hay situaciones que arrastran en su torrente la honra de unos, la inocencia de otros, la dignidad o el prestigio otros más, hay un deber social de evitar que se convierta en espectacularidad tenebrosa y negativo ejemplo. Mercar todo esto es tanto peor que el crimen mismo.

La deidad agradecida

En el caso que nos ocupa, de otra parte, hay un aspecto particularmente condenable que se suma al ya repulsivo de la publicidad aparatosa que no conoce el pudor ni la conmiseración. Es el de la formación de banderías; éstos están por una de las partes, aquéllas por la otra. La información no se constriñe, como debiera, a sintetizar las sesiones del tribunal sino que procura inclinar la opinión a cada uno de los lados de esa balanza que alegóricamente sostiene la divisa de los ojos vendados. A la postre, sin piedad por la acusada, por la víctima, por los familiares de ambos (entre los cuales hay dos niñas que hoy o mañana sufrirán las consecuencias de esta historia), se da un carácter competitivo (y se podría decir “deportivo” si la palabra no sonara a sarcasmo) a lo que es preciso que sea un racional y objetivo análisis de los sucesos. También aquí la divinidad es mercantil. La norma para ser: “Vendamos más papel aunque estampada en sus pliegos sangre salpique a los lectores”. La sacra circulación lo agradece en dinero.

Aprendices de brujos

Es cierto que el mundo contemporáneo se satisface fracturando la intimidad ajena y que el comercio se incrementa ofreciéndola. Pero eso no es fruto del azar sino de la estructura social que ha creado un hombre-masa, un número entre otros números, que aspira a individualizarse

individualizando a los demás, aunque sea mediante el escarnio de una o más personas. Y los instrumentos de difusión, que deberían estar al servicio de la restitución de lo humano en su cabalidad —su obra positiva, su mérito personal, su trascendencia histórica, su valor social— prefieren sacar partido de esa ansiedad estimulando las tendencias oscuras y equívocas. Desatan esa hambre victimaria y luego se justifican diciendo que es la que prevalece y los hace a ellos mismos prevalecer. Como los aprendices de brujos, sus poderes los dominan. Ahí están las columnas de la prensa local en su loca carrera, y de nada han de servir, si la limitación no emana de la autoridad, reflexiones como las que sacerdotes, maestros y sociólogos han expresado recientemente a propósito del sacrificio humano que en el periodismo de estos días está realizándose.

Publicado en *Oiga*, N.º 126, 28 de mayo de 1965, pp. 8-9.

Pinglo y nuestro pueblo

Ayer se cumplió el 25º aniversario de la muerte de Felipe Pinglo. Aquel “Felipe de los pobres” —como le ha llamado Gonzalo Rose— supo, por mera intuición, cómo quería que el pueblo mestizo que se expresaran su vida interior, sus penas y sus amores. Y en las melodías que compuso, a las que puso versos ingenuos, la gente de Lima halló su voz trémula, de neblina y desolación. No fue el trovador encendido y pasional de un conglomerado humano poseído por la alegría de vivir. Más bien se hizo eco de las angustias de aquellos a quienes, por injusticia, una sociedad egoísta colocó al margen de todo premio, de toda recompensa. *El plebeyo* es una página que por haber sido cantada sin pausa y considerada así una suerte de protesta, recibió esa consagración incontrovertible que es la costumbre. Incorporada a la tradición —a esa parte de la tradición que no se vincula a ninguna remembranza áurea de historia edulcorada, de leyenda cortesana—, la música de Pinglo es algo que será imposible separar de la idea de esta Lima de hoy, colmada de contradicciones a veces patéticas, hormiguero de pompas vanas y miserias desgarradoras, panal de mieles recónditas y, sin embargo, insuficientes para tanta ansia de dicha como hay. Música de fondo de un filme tedioso en que rostros desencajados, luces mortecinas y soledades se repiten como en un sueño de inhibición.

Se ha anotado inteligentemente que el poeta popular evita, porque quiere imitar al poeta culto, el lenguaje del pueblo. Los payadores argentinos escribieron versos en los cuales ninguna palabra provenía del habla del campo, en tanto los gauchescos (Hernández a la cabeza), escritores de oficio y generalmente con formación intelectual, transcribieron en sus composiciones vocablos y giros del hombre rústico, del campesino, procurando que su obra fingiera la creación colectiva. El caso de Pinglo

es exactamente el mismo: el sentimiento es popular, sí, pero su expresión apuntaba a la forma ilustrada, al poema propiamente dicho. “La noche cubre ya/con su negro crespón”, etc., intenta decir, con elegancia frustrada y metafóricamente, el soledoso monólogo del enamorado plebeyo ante la amada inaccesible. De ahí su encanto, precisamente; su sabor local y su gracia. La condición folclórica está más allá del compás del vals, también culto, y de la forma pretenciosa que asume el mensaje. Quizá lo más auténtico de la música criolla sea su inautenticidad previa.

El vals peruano es un género curioso, lleno de peculiaridad. No tiene ese ritmo que enajena de lo negroide, en cierto modo universal, pues el negro es universal, ni esa fuerza poseedora del jazz que se identifica con el espíritu de una cultura que se ha expandido y que ha terminado por ser ecuménica. Nuestro vals tiene necesidad de un oído y un gusto muy particulares. No se le entiende ni se le aprecia si no es limeño. Y esto es complejo. Hay que compadecerse con todo lo positivo y lo negativo de nuestra ciudad, de nuestro carácter individual, de nuestra entraña espiritual. Escuchando lejos, en un medio ajeno, donde resulta inesperado, es sencillamente lánguido, insignificante, absurdo. Sólo quien lleva adentro la impronta de la ciudad india, negra, blanca, siente el toque humano que lleva consigo, siente la vida que contiene. Es una clave nuestra el vals criollo, una especie de comunicación secreta de cosas melancólicas: garúa, calles desoladas, balcones vacíos, geranios o buganvillas, y también pobreza que se olvidan porque esa ha sido la única manera de combatirlas. Pinglo alcanza esa tesitura como ningún otro. Por eso es representativo.

El canto, el presente. No hizo, como está al uso, recuerdos de virreyes, tapadas y misturas, sino que vertió en su música y en sus versos su dolor de aquí y ahora. Tampoco pretendió ser original inventando una jerga o retratando cierta picardía original como humor. Fue lo que es el pueblo limeño, simple, afectivo, emocional, resignado, dulce, cortés, amable. Sus creaciones son todo eso y más aún. Merece, como ningún otro cantor del pueblo, el homenaje que se le tributa, no el anual que asume fechas, sino el diario que en el corazón del hombre anónimo lo reconoce como su ideal, como su presencia por encima del tiempo y sus transformaciones.

Publicado en *El Comercio*, 14 de mayo de 1961, p. 2.

El coliseo, laboratorio de mestizaje

El *Mambo de Machaguay* es hijo del mestizaje contemporáneo. En él lo indio y lo negroide internacional se integran. Habrá quienes se horroricen de ese híbrido del *show* radial y el fresco folclor campesino, pero las realidades son y nunca se ha ganado ninguna batalla negando la presencia del enemigo.

Lima es hoy, como nunca antes, la retorta de una emulsión cultural en la que el hombre de los Andes y su tradición se unen al hombre, las costumbres, la moral y las formas sociales que han sedimentado, originales y postizas, en la capitalidad de nuestra ciudad.

Canta en puna

El proceso de mezcla puede verse domingo a domingo bajo la carpa de los coliseos durante ocho horas, desde el comienzo de la tarde hasta la medianoche, cinco mil constantemente renovados espectadores aprecian, sobre un elemental tablado, el largo desfile de bailarines, cantantes, músicos, cómicos y hasta acróbatas procedentes del norte, el centro y el sur de la serranía peruana.

En seguida del conjunto de fresca autenticidad, que transporta al escenario el canto y la melodía en estado puro, es posible oír a la soprano “incaica” que escala fatigosamente las cuatro octavas de Ima Súmac, en tanto un bailarín de tijeras —como el mitológico *Rasu Ñiti* de Arguedas— alterna con un negrito currupantioso y avisgado que refuta, con un quechua artificioso, el dicho de que “gallinazo no canta en puna”.

Ni vencedor ni vencido

El empellón del “amor serrano” que arranca carcajadas unánimes, los “charros” mejicanos que remedan en falsete la voz abierta de Jorge

Negrete, la graciosa mestiza que alterna el valseo criollo y la muliza de Cerro, el arpa solitaria que entona el triste, están en desatinada confusión, hirviendo en una infusión cuya substancia será, sin duda, la del Perú de mañana, la del Perú de siempre. Pero no hay que olvidar que, cubierta por el cielo de lona, esta muchedumbre que grita, palmea, silba (despiadada), mastica, se mueve, ríe, queda en silencio, reclama el bis, compra y vende golosinas y viandas, hora tras hora, participando como en el teatro chino, a medias de sí misma y a medias del espectáculo. El sentimiento y la rivalidad regionales aparecen de improviso en este jaleo, y viene la competencia entre un prodigioso danzarín del sur y otro no menos hábil del centro. No hay vencedor ni vencido, pero los dos bandos se han comunicado por medio de su arte bello y elemental.

Sabor de la tierra

En Lima, en los coliseos, se puede medir el grado del amestizamiento peruano. Los que aquí viven y bajo la carpa se divierten son de sus viejos y lejanos pueblos y son al mismo tiempo, de la ciudad. Como el *Mambo de Machaguay*, precisamente, en el cual se compenetran el oscuro río de la raza de bronce y el aluvión incoloro y cosmopolita que se vierte por las laderas de la vida urbana. Esa suma, mientras se haga bajo el signo indígena, será obligadamente peruana. Tendrá el sabor de la tierra, de la patria varia y, sin embargo, una.

Publicado en *Oiga*, N.º 12, 12 de febrero de 1963, p. 9.

Recuperar la ciudad perdida

Raúl Porras Barrenechea ha contado, en una hermosa conferencia destinada a los arquitectos y urbanistas, que Lima era en los tiempos coloniales una villa de alamedas, jardines y paseos arbolados. Cronistas y viajeros la describen como una población favorecida por las flores y las plantas, de las cuales gozaban, en su trajín cotidiano, los viandantes. De aquella época a hoy, no obstante el escaso caudal de nuestro río, mucha agua ha corrido bajo los puentes del Rímac, y hemos arribado a la gran urbe uno de cuyos más graves problemas urbanos es la asfixia por la falta de parques. Fácil resulta observar que las zonas de recreación con que hoy contamos son obra del pasado y que de veinte o más años a esta parte, excepto alguna que otra plazuela, no se ha trazado ninguna área extensa para esparcimiento de los agobiados ciudadanos. Estamos, pues, en camino de hacer de la antigua ciudad verde un grisáceo y monótono bloque de edificios y vías asfaltadas. Es decir, un verdadero infierno, ya que el infierno ha de concebirse como la antinaturalidad.

El hombre de la ciudad moderna es un bicho particular y muchos de sus defectos provienen, sin duda, de las deformaciones que la vida clausurada le imprimen desde niño. Imaginemos al pequeño que nace en un departamento de un edificio céntrico y ahí transcurre, sin otro horizonte que el que le brindan de vez en cuando ciertas periódicas salidas al campo o a la playa, la mayor parte de su infancia y adolescencia. Habrá en él, en su psicología, la impronta del tráfico citadino, de la estrechez de sus panoramas, del ahogo de su ámbito, lo que se expresará en egoísmo, amargura, tensión e intolerancia. Sin pecar de deterministas, se puede afirmar que el medio condiciona el espíritu de un ser, y el hombre de la ciudad contemporánea, ese hombre masivo que es, a un tiempo, muchedumbre y soledad, constituye el factor principal de la historia

presente, tan plena de contradicciones dolorosas, tan feroz y mezquina. Los sociólogos no han dejado de considerar la importancia que tiene en la vida humana esta carencia de espacio, y los urbanistas al día saben que no se pueden planear ni viviendas ni centros habitados sin insertar en ellos zonas de expansión en las cuales la naturaleza —vegetación, agua, elevaciones del terreno, etc.— esté al alcance de todos.

Quien tiene jardín en su casa, o quien por fortuna vive cerca de uno de los pocos parques que hay en Lima, no tiene conciencia de lo que padece el que se aloja en uno de esos sectores urbanos —pongamos como patético modelo el hosco barrio sarcásticamente llamado “El Porvenir” — donde hallar un trozo verde es poco menos que un milagro. Lima está situada en un oasis y en torno a ella, como bien lo sabemos, el arenal se extiende con su inexorable uniformidad, con su abrumadora constancia incolora. Si una madre quiere que sus hijos gocen un poco de la pureza del aire limpiado por la vegetación, o un anciano desea transcurrir entre la amable y acogedora sombra de los árboles, o un convaleciente aspira a reponerse con la estimulante exhalación de la vegetación, no podrá hacerlo sino a costa de esfuerzos extraordinarios. He ahí un pequeño drama, no por pequeño menos triste que los que llenan las páginas de las novelas o las piezas de teatro. Vivirlo puede fecundar en el alma de mucha gente tremendos resentimientos.

No es por un prurito sin fundamento que algunos levantan su voz en pro de una mayor y mejor atención a este defecto de nuestra ciudad, a la cual el progreso le ha pedido en pago el precio de su tradición de ciudad de alamedas y parques arbolados. Si a París le exigieran como retribución a cualquier favor, a cualquier don necesario, la supresión de apenas un trozo de alguno de sus bosques, los parisienses dirían rotundamente que no, porque saben que ellos son como el pan para la vida. Otro tanto sucedería en Nueva York, Londres o Buenos Aires. Nosotros, que vendimos por un plato de lentejas la primogenitura continental, estamos a tiempo de volver a ser esa villa de verdor que Raúl Porras Barrenechea reconstruyera en su charla a los arquitectos y urbanistas y que es uno de los más *bellos* recuerdos que guarda nuestra frágil memoria. Tal vez esa reconquista sea posible: Quien la inicie será un benefactor de Lima.

Publicado en *La prensa*, 3 de febrero de 1958, p. 8.